

# LA LÓGICA DE LA ABSTRACCIÓN: HACIA UNA INTERPRETACIÓN CRÍTICA DEL FASCISMO POSHUMANO

*The Logic of Abstraction:  
Towards a Critical Interpretation of Posthuman Fascism*

ROGELIO REGALADO MUJICA \*

[rogelio.regalado@correo.buap.mx](mailto:rogelio.regalado@correo.buap.mx)

SAMIR GANDESHA \*\*

[samir\\_gandesha@sfu.ca](mailto:samir_gandesha@sfu.ca)

Fecha de recepción: 28/11/2025

Fecha de aceptación: 26/12/2025

## RESUMEN

El presente artículo problematiza el fascismo a partir de la distinción entre su lectura exotérica –en la que se incluye lo que denominamos como ‘marxismo militante’ del siglo XX– y una lectura esotérica basada en la lógica de la abstracción y que tiene su fundamento en la Teoría Crítica. Mientras la interpretación exotérica del marxismo identifica principalmente al fascismo como contrarrevolución articulada a través de la clase y orientada a frenar la organización y, en últimos términos, la revolución proletaria, el enfoque esotérico considera que su núcleo se inserta en la forma históricamente específica de la dominación capitalista configurada a través del valor y su confluencia con el fetichismo, la reificación y la abstracción real que estructuran la subjetividad en el capitalismo tardío. Este giro permite comprender por qué, en ausencia de movimientos revolucionarios, emerge hoy estas configuraciones sociopolíticas que ya no necesariamente requieren de la movilización de masas ni un Estado abiertamente terrorista. El fascismo contemporáneo –poshumano– se expresa en la gestión de vidas superfluas, la desensibilización social, la cultura algorítmica y la canalización del malestar hacia identidades esencializadas. Al situar estas dinámicas en el terreno de la abstracción real, el artículo sostiene que una teoría del fascismo apropiada para el siglo XXI debe partir, tomando en cuenta las continuidades y

---

\* Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México).

\*\* Simon Fraser University (Canadá).

discontinuidades con su forma más acabada del siglo XX en Europa, de la crítica de la forma social capitalista en su totalidad, más que de la simple instrumentalización política de la crisis.

*Palabras clave:* Fascismo, Abstracción real, Teoría Crítica, Capital, Subjetividad.

#### ABSTRACT

The paper problematizes fascism through the distinction between its exoteric reading –which includes what we refer to as twentieth-century ‘militant Marxism’– and an esoteric reading grounded in the logic of abstraction and rooted in Critical Theory. While the marxist exoteric interpretation identifies fascism as a counterrevolution articulated through class and oriented toward halting proletarian organization and, ultimately, proletarian revolution, the esoteric approach holds that its core lies in the historically specific form of capitalist domination constituted through value and its convergence with fetishism, reification, and real abstraction, all of which structure subjectivity in late capitalism. This shift makes it possible to understand why, in the absence of revolutionary movements, contemporary sociopolitical configurations emerge that no longer necessarily require mass mobilization or an openly terroristic state. Contemporary –posthuman– fascism manifests itself in the management of superfluous lives, social desensitization, algorithmic culture, and the channeling of social malaise into essentialized identities. By situating these dynamics within the terrain of real abstraction, the article argues that a theory of fascism appropriate for the twenty-first century must depart–taking into account both the continuities and discontinuities with its most consolidated twentieth-century European form–from a critique of the capitalist social form in its totality, rather than from the mere political instrumentalization of crisis.

*Key words:* Fascism, Real abstraction, Critical Theory, Capital, Subjectivity.

Cuando enciendo la radio y escucho que en Estados Unidos han linchado a personas negras, digo que nos han mentido: Hitler no ha muerto.  
 Cuando enciendo la radio y me entero de que los judíos han sido insultados, maltratados, perseguidos, digo que nos han mentido: Hitler no ha muerto.  
 Cuando, finalmente, enciendo la radio y oigo que en África se ha instaurado y legalizado el trabajo forzado, digo entonces, con certeza, que nos han mentido: Hitler no ha muerto.

Aimé Césaire, citado por Fanon,  
 Piel negra, máscaras blancas

El tono sombrío de la historia define nuestra época con una intensidad inquietante. El espectro de un fenómeno que se pensó como definitivamente derrotado, se presenta abiertamente frente a nosotros, recordándonos con crudeza que el horror no está en lo absoluto anclado al pasado, sino se mantiene con un vigor persistente,

incluso bajo las condiciones aparentemente más pulcras y sin fricciones del capitalismo neoliberal tardío. Esta reaparición de aquello que se imaginaba confinado a los museos y libros de historia demuestra que la barbarie no quedó atrás, sino que es hoy una fuerza que desborda por mucho la sutileza de una simple sombra, como a algunos analistas les gustaría que fuera. Ya en Walter Benjamin (2019) veíamos el diagnóstico: civilización y barbarie son, a fin de cuentas, gemelas siniestras.

En el escenario global, esta afirmación encuentra una expresión especialmente elocuente en Gaza, que –al igual que el nombre propio ‘Auschwitz’– designa mucho más que el campo de exterminio que lo hizo famoso. Gaza funciona como una metonimia de la absoluta desechabilidad de la humanidad y de la naturaleza sobrantes<sup>1</sup>. Encapsula con claridad la idea de Hannah Arendt (1994): quienes más necesitan de los derechos humanos son precisamente quienes menos acceso tienen a ellos; es decir, para tener derechos, primero se requiere el derecho a tenerlos. Y evidentemente los palestinos padecen su carencia. Como ha señalado recientemente el filósofo brasileño Vladimir Safatle (2024: s/p):

“(…) Me gustaría llamar su atención sobre lo que significa exactamente Gaza. Y para hacerlo, quiero insistir en la conjunción de cuatro procesos que la caracterizan: repetición, desensibilización, deshistoricización y vacío legal... no son sólo reacciones a lo que proviene de Gaza, sino instrumentos globales de gobierno destinados a aplicarse, de manera indefinida, sobre poblaciones colocadas en extrema vulnerabilidad.”<sup>2</sup>

A pesar de la percepción dominante de que las instituciones internacionales estaban gestionando con eficacia el riesgo de una nueva catástrofe, los acontecimientos recientes muestran con claridad las profundas limitaciones de su capacidad, sobre todo frente a la complicidad de Alemania, Francia, Canadá y Estados Unidos, los supuestos guardianes ‘insignes’ del llamado ‘orden basado en reglas’. Gaza encarna la manifestación más descarnada de una violencia que se vuelve al mismo tiempo terriblemente común en un orden global caótico. Los casos de Yugoslavia, Guatemala y Ruanda demostraron en el mundo pos-Guerra Fría que esta violencia no era aleatoria ni mucho menos contingente, sino parte de un patrón tan recurrente como reconocible. De igual forma, los tambores de guerra que más recientemente resonaron primero en Europa con la invasión de Ucrania, los conflictos en Siria y Libia tras la Primavera Árabe, la mutilación y la tortura que tienen lugar en el contexto de la

<sup>1</sup> Véase el trabajo de Andreas Malm (2016).

<sup>2</sup> Todos los textos citados originalmente están en inglés. La traducción es propia de los autores.

llamada guerra contra el narcotráfico en países como México y Colombia, entre innumerables ejemplos más, evidencian que el capital, tal como irrumpió en el mundo, sigue chorreando “de la cabeza a los pies, por todos los poros, lodo y sangre.” (Marx, 1981: 926).

Si bien la violencia del capital adopta múltiples formas y contenidos, una de sus expresiones más inquietantes en los últimos años es el retorno –o, más precisamente, la persistencia subterránea– del fascismo. Césaire y Fanon ya habían señalado que el fascismo no es otra cosa que la aplicación, por parte de los Estados europeos, de su propia violencia colonial hacia Europa misma. Esa afirmación, que nos ayuda a identificar un patrón histórico de desarrollo del fenómeno más amplio que el restringido periodo de entreguerras, tiene también el límite de no distinguir la especificidad de lo que abrió el fascismo europeo y que amenaza con conformar una constante a escala global.

La trayectoria reciente de la discusión sobre el fascismo lo coloca, en un inicio, como un término del argot político más vulgar, pero su influencia insidiosa se ha revelado hoy como una condición ‘extrañamente familiar’ que, en los términos racistas del colonialismo, ejemplifica un endocolonialismo o una auto-colonización de los llamados Estados civilizados (Gandesha, 2020b).

En este sentido, la proliferación de grupos, organizaciones y partidos asociados con la extrema derecha –tanto en forma de movimientos sociales como de partidos políticos– ha captado la atención de los más diversos medios, de la academia y de los comentaristas políticos. De manera notable, los principales centros de difusión global han vuelto a expresar su inquietud ante la creciente presencia de posturas abiertamente antagónicas a los valores que el neoliberalismo occidental promovió con tanta insistencia. Dicho de otro modo, la agenda del multiculturalismo, la tolerancia, el multilateralismo y un conjunto de dinámicas afines a la reconfiguración del mercado –que alcanzaron su apogeo en el contexto del triunfalismo estadounidense posterior al colapso soviético, aquello que Fukuyama (2006) denominó con soberbia “el fin de la historia”– enfrenta ahora desafíos que no provienen de fuerzas externas, como lo intentaron con el llamado terrorismo islámico, sino del interior mismo de estas sociedades. Además, el fenómeno, como mencionamos anteriormente, no se restringe al territorio donde surgió el fascismo: se ha expandido globalmente, lo que exige una aproximación orientada al conjunto del entramado global, tal como se ha señalado previamente en otro espacio (Gandesha, 2020b).

A la luz de este panorama, la pregunta más elemental que puede formularse apunta directamente a la causa de esta emergencia pública. Y la respuesta suele girar en torno a un mismo eje: la crisis. Como ocurrió en las interpretaciones del periodo de entreguerras del siglo pasado, la crisis es concebida como el factor decisivo para comprender el surgimiento de una agenda que, en el contexto de la violencia descrita, logra captar la aprobación popular e instalarse en la cotidianidad. Es decir, ya no son sólo los ejércitos y los grupos armados quienes trafican con el miedo: ahora se manifiesta en la vida cotidiana con el apoyo del poder estatal, que cristaliza e instrumenta los intentos de escape de la crisis que habitamos. Podríamos incluso señalar que, a medida que la crisis deja de presentarse como un acontecimiento agudo y puntual para convertirse en una condición crónica y omnipresente, termina por interiorizarse en el mundo de la vida como un estado zombi en el que “la vida no vive” (Adorno, 2005).

Desde nuestra perspectiva, un problema central de este enfoque es que la crisis suele asumirse como una condición inherente y casi autoexplicativa, en lugar de entenderse como un fenómeno que exige ser examinado y criticado con mayor detenimiento. Por lo general, la crisis se asocia exclusivamente con la esfera económica y con su incapacidad para mantener el equilibrio entre consumo y producción dentro del horizonte del crecimiento infinito. Quizá el ejemplo más significativo de esta incapacidad en tiempos recientes fue la caída de Lehman Brothers en 2008, que desencadenó una crisis financiera global con efectos devastadores para las clases medias del mundo occidental y con repercusiones profundas en las poblaciones más vulnerables en distintas regiones. Este episodio suele fungir como base de la interpretación convencional sobre el origen del fascismo o, al menos, de la extrema derecha, como muchos estudiosos prefieren neutralizar.

Lo fundamental es que ya no resulta sostenible concebir la crisis como un fenómeno circunscrito únicamente al ámbito económico. Nos enfrentamos a una crisis multifacética y expansiva que abarca una gran variedad de dimensiones objetivas y subjetivas. Entre las primeras se encuentran la ecología, la producción de alimentos, la energía, la infraestructura y las instituciones liberal-democráticas. Entre las segundas, la salud mental, las relaciones de género y sexuales, y, en general, la propia integridad del vínculo social. Las crisis objetivas suelen atribuirse al estancamiento de los procesos de redistribución de la riqueza; las subjetivas, a fallas de reconocimiento o problemas de mal-reconocimiento, como el racismo.

Aunque estas crisis suelen analizarse por separado, es imprescindible mostrar su convergencia en el nivel de la totalidad del proceso social. Como indicó Lukács (2013), para Marx el funcionamiento del capital se ancla en la dinámica totalizante del modo de producción en su conjunto. Captar de manera totalizante las relaciones sociales capitalistas exige una negación determinada del fetichismo de la forma mercancía, mediante el cual las relaciones sociales objetivadas despliegan su lógica en el proceso de cosificación, integrándose en el capital y transformando históricamente las relaciones sociales en un espectáculo que los sujetos aprehenden cada vez con mayor pasividad y, por tanto, reproducen también pasivamente en su forma vigente. Entender la crisis requiere, por ello, comprenderla como intrínsecamente ligada a este proceso.

En este sentido, la naturaleza del capital constituye el punto de partida para analizar la crisis. Esto implica tanto comprender la interconexión entre sus distintas manifestaciones contemporáneas, como también abordarla desde la perspectiva de sus contradicciones internas. Si aceptamos que el análisis del fascismo –así como el de la extrema derecha y el autoritarismo– está vinculado a la crisis y a sus dinámicas intrínsecas, entonces la relación entre fascismo y capital se vuelve evidente, y es precisamente esa relación la que el análisis marxista ha intentado esclarecer.

## 1 EL ANÁLISIS DEL FASCISMO EN EL MARXISMO MILITANTE

Quizá resulte innecesario subrayarlo, pero existe un amplio abanico de interpretaciones sobre la naturaleza del capitalismo y, en consecuencia, una diversidad similar de perspectivas acerca de su relación con el fascismo. Sin embargo, la aproximación marxista al fascismo –que se forma acompañando los renglones de *‘El dieciocho brumario de Luis Bonaparte’* (1990)– puede dividirse en dos grandes categorías que, como se indicó en otro texto (Regalado Mujica, 2022), las denominamos *‘exotérica’* y *‘esotérica’* en sintonía con el planteamiento de Robert Kurz (2016) acerca de la existencia de dos interpretaciones de Marx: una vinculada al relato histórico del movimiento obrero y la lucha de clases (la exotérica), y otra ligada al análisis de la lógica del fetichismo, el trabajo abstracto y la forma valor (la esotérica). En este sentido, la primera interpretación de Marx corresponde a la lectura de lo que denominamos como fascismo exotérico. Esta fue justamente la interpretación predominante entre los marxistas militantes, por más vaga que suene esa clasificación, sobre todo durante la primera mitad del siglo XX.

No sorprende que los miembros de los partidos comunistas en distintos países europeos hayan sido de los primeros en analizar de manera sistemática el surgimiento del fascismo. En definitiva, esto no tiene lugar únicamente a razón de la posición revolucionaria del marxismo y su oposición frontal a la que identifica como ‘contrarrevolución’ fascista, sino también al hecho de que, desde el inicio, los movimientos fascistas identificaron al comunismo como su principal adversario.

La consolidación de la dictadura fascista en Italia tras el asesinato de Giacomo Matteotti, junto con la agresión implacable y el terror ejercido por Mussolini contra el Partido Comunista (Radek, 2021), así como la enorme popularidad del anticomunismo nazi –que constituyó la base misma de su movimiento y se expresó con fuerza tanto en su política exterior como en su política interna– hicieron indispensable que las organizaciones proletarias reflexionaran seriamente sobre los desafíos políticos a los que se enfrentaban.

Por estas razones, y por su concepción de las relaciones sociales en general, los marxistas militantes enfatizaron la primacía de la praxis en las primeras formulaciones del concepto de fascismo. Entre las numerosas aportaciones en este campo, destacan las de August Thalheimer, Clara Zetkin, Georgi Dimitrov, León Trotsky y Antonio Gramsci. A pesar de la diversidad de sus planteamientos, coinciden en considerar que el fascismo es, en esencia, un movimiento contrarrevolucionario, perspectiva que sigue siendo predominante en buena parte del marxismo contemporáneo. Aunque la lógica del argumento varía entre estas voces, la idea de que la amenaza de una revolución proletaria actúa como catalizador del fascismo permanece como un hilo conductor.

Este planteamiento se desarrolla en el marco de las discusiones sobre la importancia de conquistar el poder estatal para la revolución proletaria. De ahí que su formulación teórica surgiera como parte de una problematización elaborada desde el punto de vista de la oposición. En otras palabras, la esencia del fascismo se sitúa en la ausencia de la revolución proletaria: el fascismo emerge sobre el terreno de una revolución fallida, como lo evidencian las experiencias históricas del Soviet de Múnich y del levantamiento espartaquista.

Como una bestia sujeta con correa de acero, la clase dominante orientó el avance del fascismo a partir de dos tesis que no son necesariamente incompatibles: la primera, ya mencionada, impedir la revolución proletaria; la segunda, evitar el colapso del mundo burgués en medio de la crisis aparentemente terminal del capital. Estas dos tesis pueden coexistir porque la posibilidad misma de que el proletariado

realice la revolución se inscribe en la dialéctica del capital, es decir, en la contradicción entre las fuerzas y las relaciones de producción que daría lugar a una clase trabajadora militante –a diferencia de un campesinado aislado– capaz de comprender su condición compartida y, sobre esa base, desarrollar una conciencia política revolucionaria que la convierta en lo que Marx y Engels (2011) llaman en el *‘Manifiesto Comunista’* los “sepultureros” de la burguesía que la creó.

El problema es que, desde la perspectiva del marxismo militante, la crisis del capital tiene mucho más que ver con la orientación y la praxis de un sujeto colectivo que con la dominación específica del capital que se despliega en medio de sus propias contradicciones internas. Desde este punto de vista, la primacía del sujeto termina convirtiéndose en un profundo voluntarismo, y la disputa con el fascismo se plantea en ese mismo registro. Bajo esta comprensión, el fascismo –como expresión de la lucha de clases– constituye, con el paso del tiempo, la derrota más dolorosa del movimiento proletario.

Pero incluso cuando el fascismo se comprendía como una forma política puesta a disposición de la personificación del capital en términos de clase –énfasis que privilegiaba la dimensión política inmediata–, esta lectura no dejó de reconocer elementos que desbordaban tal marco y permitían mostrar su vínculo con las dinámicas intrínsecas del capital.

En la discusión que Clara Zetkin (2017) abrió con su análisis del fascismo ante la Internacional Comunista, esta problematización resulta evidente. Aunque en el núcleo de su argumento aparecen muchos de los rasgos característicos de la interpretación exotérica –el surgimiento del fascismo como respuesta a la crisis del capital, el respaldo de los sectores más poderosos de la burguesía para impedir la insurrección proletaria, el uso del terror como estrategia política, etc.–, Zetkin sitúa al mismo tiempo el punto nodal de su aparición en la propia derrota del proletariado.

A primera vista, este argumento podría entenderse simplemente en términos de organización y estrategia: el proletariado no logró ejercer el liderazgo necesario para movilizar a las masas, cuestión que la burguesía sí consiguió mediante su forma particular de terror. Pero el argumento es más complejo. En primer lugar, se puede apreciar la crítica de Zetkin a la socialdemocracia. Es decir, aquello que Otto Bauer interpretaba como un ‘pecado’ de la Revolución Rusa en la génesis del fascismo es, para Zetkin, nada más que la expresión más burda de un derrotismo reformista.

Por el contrario, desde su perspectiva, el fascismo debe entenderse como “una expresión de la decadencia y desintegración de la economía capitalista y como un sín-



toma de la disolución del Estado burgués” (s/p). Es crucial subrayar la noción de decadencia y desintegración del capital –más allá de la economía capitalista en sentido estricto– como parte de su dinámica intrínseca, pues es precisamente ese proceso el que otorga al fascismo un cuerpo propio en medio del derrumbe que lo vuelve posible. La demencia que acompaña al desarrollo de las bases materiales de la existencia tiene un impacto profundo en la aparición de posiciones que canalizan los agravios colectivos hacia el sistema, cuya incapacidad para cumplir sus promesas de prosperidad y libertad ha desencantado a amplios sectores sociales, ahora movilizados con la intención de abolir la raíz misma del malestar.

Una cuestión similar aparece en Gramsci. Aunque en sus primeros análisis domina la preocupación por la capacidad del proletariado para derrotar a los *Fasci italiani di combattimento*, algo que la pequeña burguesía logró hacer en ciertos momentos de los años veinte, su percepción –como toda su teoría– se transforma para señalar con mayor fuerza que el fascismo es una fuerza que desborda con mucho la mera instrumentalización de clase. En las ‘*Fuerzas elementales*’, Gramsci sacude la noción tradicional del marxismo militante:

“Ahora se ha vuelto evidente que el fascismo solo puede interpretarse parcialmente como un fenómeno de clase, como un movimiento de fuerzas políticas conscientes de un objetivo real. Se ha extendido, ha roto todo marco organizativo posible, está por encima de los deseos y propuestas de cualquier Comité central o regional. Se ha convertido en el desencadenamiento de fuerzas elementales que no pueden ser contenidas bajo el sistema burgués de gobierno económico y político. El fascismo es el nombre de la profunda descomposición de la sociedad italiana, que no podía sino acompañar la descomposición del Estado, y que hoy solo puede explicarse aludiendo al bajo nivel de civilización que la nación italiana había logrado alcanzar en estos últimos sesenta años de administración unitaria.” (Gramsci, 1978: 38).

Una vez más, el elemento de la descomposición resulta sumamente revelador, sobre todo cuando se expresa en medio de la devastación de la guerra y del trauma no resuelto que atravesó a la sociedad europea. Aunque en sus primeros análisis la cuestión aparece vinculada a la relación con la clase, Gramsci subraya el temor de la pequeña burguesía a ser desplazada de su función económica –y, por ende, de su existencia social– por las grandes potencias industriales (Adamson, 1980). El fascismo no obtiene su impulso principal de la necesidad de aplastar una amenaza revolucio-

naria, sino del propio movimiento del capital, que expulsa a las clases superfluas y las arroja al abismo temible de sus propias contradicciones.

Tanto Zetkin como Gramsci representan figuras clave dentro del marxismo militante, ofreciendo perspectivas que emergieron en medio de una coyuntura terriblemente hostil. Quizá por este motivo es que destaca en su análisis la labor de iluminar la necesidad de la praxis, aunque esto se enfrente al velo de la inmediatez. No obstante, la línea general de interpretación centrada en la contrarrevolución, puede verse entrelazada –aunque tenuemente– con elementos más profundos de la decadencia del mundo burgués que son necesarios destacar ante la urgencia de la crítica.

De cualquier manera, es posible identificar, como una de las consecuencias políticas más lúgubres del énfasis que el marxismo militante puso en la esfera del poder institucional, la escasa atención dedicada al ascenso del racismo, la xenofobia y la misoginia, elementos que adquirieron un papel cada vez más abierto en la agenda del fascismo. En la mayoría de las interpretaciones provenientes del marxismo militante –incluidas, conviene recordarlo, las de Trotsky, Thalheimer y Georgi Dimitrov– se advierte una ausencia notable de reflexión sobre estas manifestaciones contemporáneas de violencia identitaria, que terminaron constituyendo un punto de inflexión en la historia europea, alcanzando su clímax en la destrucción del genocidio perpetrado en su propio territorio.

Es correcto afirmar que el núcleo experiencial del marxismo militante moldeó su análisis, orientándolo hacia la identificación de confrontaciones urgentes e inmediatas, como la conquista del poder político o, al menos, la prevención de que dicho poder se consolidara en formas que facilitaran objetivos reaccionarios. Sin embargo, esta orientación táctica y coyuntural no fue el factor decisivo en la evolución de su enfoque teórico. La premisa subyacente de su pensamiento es una concepción del capital(ismo) que, pese a las variaciones interpretativas, entiende la estructura de dominación fundamentalmente como un sistema económico. Esta interpretación del capital(ismo) condiciona su lectura del fascismo, de sus causas y de su carácter esencialmente reaccionario.

No obstante, comprender el capital(ismo) del modo en que lo hace el marxismo militante implica una limitación que descansa sobre la crítica de la esfera de la circulación de las relaciones sociales capitalistas. Esta crítica tiende, a su vez, a subrayar –a veces de manera casi exclusiva– la composición de las bases materiales en términos de la ‘economía’, poniendo el tono más estruendoso en la lucha por la redistribución.

En otras palabras, el Marx de los militantes es el Marx de la esfera de la circulación, el Marx de la redistribución y, en no pocas ocasiones, también el Marx de la glorificación del trabajo. Esto es justamente lo que Postone (1993) identifica como el núcleo del marxismo tradicional. Bajo esta perspectiva, el fascismo se concibe como un fenómeno externo, no intrínsecamente vinculado a las categorías elementales del capital. Su aparición no se entiende como dependiente de la especificidad histórica del capital ni de su relación con la constitución de la subjetividad en el marco de la forma burguesa de vida dañada, sino como una consecuencia del mero equilibrio de fuerzas al que se reduce la lucha de clases.

Por esta razón podemos denominarlo ‘fascismo exotérico’. Esta interpretación establece la relación entre fascismo y capital de manera instrumental, y no a partir de las categorías fundamentales del propio capital.

Desde esta perspectiva, el fascismo aparece y desaparece según las necesidades de la acumulación y como consecuencia de la (in)subordinación del trabajo. Sin embargo, después de las revoluciones proletarias –y, de hecho, ante la posibilidad misma de un mundo sin proletariado– y la disolución del fascismo como forma de gobierno, ¿qué sentido tiene seguir teorizándolo hoy? Una respuesta posible es la que Alberto Toscano (2021), retomando a George Jackson, denomina fascismo incipiente: una suerte de contrarrevolución preventiva –también defendida por Vladimir Safatle (2020)– que se gesta en momentos en que aún no se han formado fuerzas revolucionarias, pero que se activa para impedir incluso la posibilidad de que lleguen a constituirse.

El punto es que, en nuestra sociedad, la rebeldía capaz de hacer posible otro mundo parece erosionada bajo el peso de la violencia algorítmica y la omnipresencia de la industria cultural, que ahora se expande mediante el consumo compulsivo de plataformas como Netflix, y mediante la publicación incesante en redes sociales profesionales, recreativas o afectivas como LinkedIn, Instagram, Facebook, WhatsApp, Tinder, Bumble, entre otras. Estas plataformas ocupan hasta el último resquicio de nuestro ‘tiempo libre’ y colonizan nuestra atención y los espacios más íntimos de interacción y afecto. Allí, el algoritmo es omnipresente y opera como negación determinada de las formas de abstracción que estructuraron las relaciones sociales capitalistas en sus fases liberal, fordista y posfordista –a saber: el fetichismo de la mercancía, la cosificación y el espectáculo. La industria cultural digitalizada y reconstruida algorítmicamente moldea con mayor profundidad la subjetividad en esta fase tardía y neoliberal del capitalismo.

Aún más claramente, a medida que nuestras interacciones sensibles con los otros se desplazan cada vez más hacia el espacio virtual, ese otro se vuelve crecientemente deshumanizado y vulnerable a un abuso verbal y a una violencia simbólica cada vez más intensificados. De ahí queda solo un paso para que esa violencia verbal y simbólica se actualice con mayor fuerza en la materialidad de las relaciones mundanas. Dicho de otro modo, esta disolución se manifiesta en las calles marcadas por poblaciones superfluas, *Lebensunwertes Leben*, vidas consideradas indignas en la lógica del capital, ejemplificadas en la creación –tanto en el Norte como en el Sur global– de ‘zonas de sacrificio’ racistas y ecológicamente desastrosas, en el crecimiento de las crisis de salud mental, en el agravamiento de la indigencia y en el incremento del consumo de drogas letales como el fentanilo, junto con la multiplicación de sobredosis que configuran una tragedia cotidiana. En este escenario, las fuerzas del terror ni siquiera resultan necesarias: la sumisión social se logra mediante mecanismos mucho más sutiles y eficientes, que dispersan y neutralizan la resistencia de manera casi automática.

La dominación puede manifestarse de formas que no requieren represión abierta ni violencia física directa. Los efectos anestésicos y pacificadores de la cultura digital de consumo y la creciente dependencia de los fármacos avanzan en paralelo al reforzamiento de las estructuras de poder establecidas, que parecen impermeables al impulso de las luchas contra el sufrimiento.

A pesar de que los feminismos, los movimientos ambientalistas, las luchas socio-territoriales y una multitud de otros movimientos cuestionan la ausencia de un horizonte emancipatorio, su resistencia parece orientarse más a contrarrestar los efectos destructivos del capital –e incluso a promover formas de inclusión y reconocimiento basadas en la identidad dentro de él– que a forzar una ruptura radical y una transformación emancipatoria de la estructura misma. Estos movimientos operan sobre todo en los márgenes del sistema, donde son tolerados o absorbidos.

La política identitaria –que en el pasado tomó la forma de movimientos de liberación nacional anticoloniales o, por ejemplo, del *Black Power*, fundamentados en la confrontación con la lógica colonizadora de la forma-valor y, por ende, en una dialéctica de emancipación– ha derivado en una paradoja del empoderamiento (Gandesh, 2024), que atrapa a los sujetos en la afirmación del mismo sistema que imposibilita cualquier liberación real. Esto abre espacios de resistencia, sin duda cruciales, pero incapaces de desafiar las estructuras fundamentales del capital.

En otras palabras, la Teoría Crítica debe rechazar de manera contundente la fetichización de la esfera de la circulación y de la lucha por la redistribución, por un lado, y de las luchas por el reconocimiento –es decir, por la inclusión en la vida dañada del orden capitalista– por el otro (Fraser y Honneth, 2003). Es tarea primordial, entonces, dejar en claro que la emancipación se sitúa más allá de las categorías de redistribución y reconocimiento.

En este contexto, la necesidad de un régimen fascista como respuesta represiva totalizante simplemente pierde sentido. Los mecanismos ya existentes para controlar y absorber el conflicto permiten su gestión sin recurrir plenamente al terror personal o a la instauración de regímenes abiertamente autoritarios. La violencia que habita en la economía digital, la hipermercantilización de la cultura y la fragmentación de las demandas sociales en reclamos identitarios específicos y aparentemente aislados limitan la posibilidad de una articulación unificada que realmente amenace la dominación del valor –cada vez más abstracta– y su mundo administrado. Así, la necesidad de la represión fascista como contrarrevolución se vuelve un exceso en el cálculo de fuerzas, si es que esa es su misión y naturaleza.

Para sostener que el fascismo es, efectivamente, el último recurso para asegurar las relaciones de propiedad y la acumulación de capital frente a una organización revolucionaria, sería primero necesario demostrar la existencia de una organización tal. Pero si ya no resulta plausible afirmar que el colapso del capital será precipitado por la acción de un sujeto revolucionario colectivo –lo que revela no tanto un fracaso de la praxis histórica como un viejo error teórico–, entonces ¿qué sentido tiene sostener que los capitalistas ‘necesitan’ soltar la correa de acero de la bestia llamada fascismo? Bajo este marco, la interpretación exotérica parece quedar sepultada bajo el peso de su propia teoría.

Sin embargo, si la insuficiencia no reside en la naturaleza del fascismo, sino en haberlo reducido a sus aspectos superficiales, entonces es posible elaborar una teoría del fascismo que ilumine su dimensión contemporánea dentro de su proyección histórica. Ese es, precisamente, el propósito de la tesis alternativa –la esotérica– que surge de la lógica de la abstracción.

## 2 FASCISMO Y LA LÓGICA DE LA ABSTRACCIÓN

La característica específica de la dominación capitalista es la dominación social abstracta o, como la denomina la influyente formulación de Sohn-Rethel (2021), la

“abstracción real” de la forma mercancía. Esta abstracción real consiste en separar un objeto sensible de la totalidad de las relaciones sociales que lo producen, de modo que las relaciones entre seres humanos aparecen como relaciones entre cosas, y las cosas parecen adquirir cualidades propias de la agencia humana.

Desde la elaboración marxiana de la teoría del valor en el proceso de acumulación y reproducción del capital, se abrió un largo debate que propone desplazar la comprensión de la dominación desde el imperativo de la personificación hacia el imperativo de la abstracción. Como lo expone Chris O’Kane (2020), Marx muestra en *‘El capital’* que es el conjunto históricamente específico de relaciones sociales lo que produce el carácter dual del trabajo concreto y abstracto. La sustancia del valor –el tiempo de trabajo socialmente abstracto– se cristaliza en la forma valor del dinero y de las mercancías. Lo que se expresa en el movimiento de acumulación del capital, en contraste con la abstracción transhistórica asumida por la economía burguesa, es una dominación supraindividual y socialmente objetiva que obliga a las relaciones sociales –es decir, a los sujetos que las componen– a movilizarse bajo este imperativo.

El concepto de abstracción real se desarrolla políticamente en la crítica marxista “de la dominación abstracta del capital hacia una teoría crítica de la reproducción de la sociedad capitalista” (O’Kane, 2020: 268-69), crítica que alcanza una potencia notable en Adorno. Como señala Gillian Rose (2014), la base de la crítica adorniana al principio de intercambio –que perpetúa el pensamiento identitario– está firmemente anclada en el concepto marxiano de fetichismo de la mercancía y en la teoría lukácsiana de la cosificación.

De este modo, la cristalización del principio de intercambio que Adorno describe muestra cómo la sociedad capitalista se perpetúa a sí misma, construyendo simultáneamente una relación de dominación que escapa al control del sujeto y que produce una forma de subjetividad que se subsume contradictoriamente en el objeto (Adorno, 2000: 32).

Dada la naturaleza contradictoria y antagónica de la sociedad, su negación continúa siendo una posibilidad teórica. Sin embargo, esta posibilidad depende de la reivindicación de la autonomía del sujeto mediante una racionalidad reflexiva y crítica que se vuelve cada vez más difícil de sostener frente a los imperativos sociales del capitalismo tardío. Esto queda de manifiesto en la tesis de la industria cultural (Horkheimer y Adorno, 2002).

Es precisamente en el marco de un falso sentimiento de negación donde la lógica de la abstracción adquiere forma en el fascismo, a través de una dialéctica fetichista entre lo abstracto y lo concreto.

A diferencia de la forma encarnada del fascismo que domina en el marxismo militante, el carácter del fascismo se define, ante todo, por la vida dañada de una subjetividad que a la vez niega y desplaza su propio sufrimiento hacia grupos considerados externos. En lugar de orientarse hacia un horizonte emancipado al que podría acceder mediante una crítica radical, esta subjetividad reproduce la misma violencia identitaria de una abstracción fetichizada al intentar actualizar lo ‘concreto’ en forma de categorías e imaginarios étnicos, raciales o nacionales.

Cabe decir, por supuesto, que tales formas de concreción no dialéctica –o lo que Adorno (2013) denomina el “jerga de la autenticidad” (*Eigentlichkeit*)– son falsas y, en cuanto tales, sumamente peligrosas. Pero responden a una necesidad y un deseo profundamente arraigados en todo el espectro político: la necesidad de enfrentar la omnipresencia de la dominación abstracta en el mundo de la vida social.

Como se señaló anteriormente, las manifestaciones concretas de la dominación solo pueden comprenderse plenamente si se observan a través del prisma de la forma históricamente contingente de la dominación capitalista. La experiencia inmediata del sujeto sólo es accesible de manera velada, dentro de una mediación en la que las formas personales únicamente pueden existir de manera fetichizada. A medida que la dominación abstracta –propensión de la totalidad– penetra con mayor fuerza, la dominación concreta se vuelve cada vez más difusa.

Como respuesta al malestar producido por la dominación abstracta, surge un terror reaccionario que opera como barrera frente a las aspiraciones emancipatorias. La integración del capital ejerce una influencia poderosa, debilitando el yo crítico, capaz de poner a prueba la realidad. Esta idea ya había sido identificada por Adorno en el contexto de la personalidad autoritaria (1969) y en sus estudios sobre los agitadores fascistas (2007)<sup>3</sup>. En consecuencia, la cuestión de la emancipación permanece confinada al plano de la inmediatez.

En este contexto, el fetiche de la dominación concreta suele concentrarse en las personificaciones más evidentes –los acumuladores de riqueza, la clase política, organismos internacionales como el FMI o la OMC–, pero también sigue a menudo un camino impulsado por pulsiones psíquicas que proyectan violentamente la autoridad

---

<sup>3</sup> Véase también Gandesha (2020b).

internalizada, en consonancia con el principio de subordinación de la diferencia jerárquica y racialmente organizada.

Esta reacción contra la diferencia constituye un doble fetiche de lo concreto. Por un lado, aparece el fetiche de un supuesto grupo empírico señalado como causa del malestar –el árabe, el inmigrante, el homosexual. Sin embargo, ese grupo no puede considerarse realmente existente con la unidad concreta que se le atribuye: se lo concibe como una totalidad homogénea cuando, en los hechos, no es más que una abstracción construida, un conglomerado proyectado sobre figuras específicas que oculta las dinámicas reales del conflicto social.

Por otro lado, también se fetichiza lo concreto en el grupo que se presenta como antídoto frente al malestar. Esta ‘concreción’ se funda en una ficción o en una unidad parcial, ya sea en torno a la sangre, la tierra, el color de piel o ciertos valores considerados inmutables. Esa unidad supuesta, articulada mediante elementos que adquieren una carga simbólica, descansa en la ilusión de una esencia compartida que homogeneiza y simplifica lo colectivo. Ello se evidencia en la creencia de que tales rasgos vuelven al grupo absolutamente distinto y superior frente a aquello que combate.

En estas dos categorías –que, como señala Postone (2001), no son necesariamente antagónicas entre sí– se encuentra la semilla de una falsa superación. Una construcción tal intenta resolver la complejidad del malestar social anclando lo concreto a una oposición igualmente falsa frente a un concepto abstracto demonizado. En ese proceso, se ignora el carácter transitorio y efímero de lo concreto, otorgándole un peso esencialista que acentúa la polarización y el conflicto, a la vez que desvía la atención de los orígenes reales del fetiche.

En la dinámica histórica del fascismo, dentro de la lógica de la abstracción, es evidente que no todos los elementos permanecen intactos ni son completamente intercambiables. Es fundamental discernir las continuidades y las rupturas respecto de la forma que el fascismo adoptó en el periodo de entreguerras. Uno de los aspectos más significativos de esta actualización es su carácter antihumanista; de hecho, el fascismo contemporáneo podría describirse con mayor precisión como ‘*poshumano*’.

En su núcleo se encuentra la intensificación de la extracción de recursos, que ocurre en un contexto de fuerte contracción del trabajo y una prevalencia creciente de la automatización. El proceso incluye el uso de la robótica, el aprendizaje automatizado e inteligencia artificial, lo que sugiere la posible obsolescencia del propio ser



humano. Esta lógica apunta hacia lo que Achille Mbembe (2017) denomina el “devenir negro del mundo”, es decir, la creación de “sujetos abandonados”:

“Ya no hay trabajadores como tales. Solo hay nómadas del trabajo. Si el drama del sujeto de ayer era la explotación por el capital, la tragedia de la multitud hoy es que ni siquiera puede ser explotada. Son sujetos abandonados, relegados al papel de una ‘humanidad superflua’” (Mbembe, 2017: 3).

De hecho, hoy no es para nada una metáfora ni exageración hablar de la “palestinización del mundo” (Safatle, 2024: s/p).

Parece que ha pasado mucho tiempo, aunque en realidad fue hace apenas un instante, cuando la pandemia provocada por el SARS-CoV-2 hizo evidente esta condición de superfluidad, la cual tuvo una de sus causas más destacadas en las acciones – o inacciones– de los gobiernos, que colocaron en grave riesgo de contagio e incluso de muerte a sectores de la población considerados sobrantes, así como a trabajadores esenciales, que en particular eran personas racializadas. Así lo mostró el estudio de la UCSF realizado en el distrito de la Misión en San Francisco, donde el 95% de los casos positivos correspondían a población latina, por ejemplo (Weiler, 2020).

Podría decirse que, durante ese periodo, la necesidad del trabajo humano se reveló con mayor claridad que nunca. Sin embargo, también resulta notable que los Estados estuvieron dispuestos a exponer a estos trabajadores esenciales a un riesgo significativo de muerte debido a la falta de equipo de protección personal. En un testimonio recogido por la conductora del MTA y escritora Sujatha Gidla (2020), algunos de sus compañeros declaraban: “No somos esenciales; somos sacrificados”.

Como se ha señalado en otros lugares (Gandsha, 2020a), Samuel Beckett (1996) muestra en *Endgame* –generalmente leída como una representación del paisaje posterior a una guerra nuclear– la devastación del mundo natural en una configuración espacial donde el propio tiempo parece haberse detenido. La obra retrata, de manera descarnada y a menudo irónica, la obsolescencia de la especie humana, reducida a una mera existencia subordinada a las inescrutables maquinaciones de fuerzas geopolíticas que exceden por completo su comprensión. Los efectos de la división social del trabajo resultan paralizantes: Hamm es incapaz de ponerse de pie, y su sirviente, Clov, es incapaz de sentarse. Hamm sentencia: “Cada hombre, su especialidad”. Una vez agotada su utilidad social, los padres de Hamm son arrojados – figurativamente– al basurero de la historia, confinados, literalmente, en cubos de basura.

Hoy esta imagen resulta dolorosamente similar a los asilos, convertidos en funerales en vida, donde las personas esperan el final de un juego de espera insoportable. En este nuevo rostro de la crisis ecológica, los Estados parecen dispuestos a sacrificar a los ancianos, a los enfermos, a los pobres, a los desposeídos, a los negros y a la gente de color en general en nombre de la lógica del mercado. Pero esa lógica siempre ha estado presente en cada comunicado de prensa de las corporaciones que anuncian despidos masivos que, inevitablemente, incrementan de manera dramática el precio de sus acciones.

Hace algunos años, Dan Patrick, vicegobernador republicano de Texas, sugirió en una entrevista con Tucker Carlson en Fox News que los ancianos quizá deberían considerarse sacrificarse por sus nietos, es decir, por “la economía”. “Ve a ver si está muerta”, le dice Hamm a Clov respecto de su madre. El mercado capitalista vive de la muerte.

Si adoptamos como definición la caracterización del fascismo elaborada no sólo por el marxismo militante sino también por los teóricos liberales —es decir, un movimiento contrarrevolucionario de masas formado por una alianza entre el capital industrial y la pequeña burguesía en oposición a la clase trabajadora y a sus organizaciones políticas, en el contexto de rivalidades imperialistas y crisis capitalistas de sobreproducción—, entonces no resulta en absoluto evidente que aquello a lo que hoy nos enfrentamos pueda describirse como fascismo.

Pero si colocamos en primer plano la lógica de la abstracción, especialmente en medio de la catástrofe que implican sus dinámicas intrínsecas, el fascismo hace más que rondar nuestro presente de forma espectral: queda muy poca resistencia frente a la extracción compulsiva de plusvalor del trabajo muerto sobre el trabajo vivo, y en medio de esta derrota, el impulso por hacer desaparecer la abstracción del mundo se redobra, aunque ello ocurra dejando intacta la abstracción real.

## REFERENCIAS

- ADAMSON, Walter L. (1980): “Gramsci’s Interpretation of Fascism”, *Journal of the History of Ideas*, 41 (4), 615–626, <https://doi.org/10.2307/2709277>.
- ADORNO, Theodor (2013): *The Jargon of Authenticity*, 2ª ed., Hoboken: Taylor and Francis.
- ADORNO, Theodor W. (ed.) (1969): *The Authoritarian Personality*, New York: Norton.
- ADORNO, Theodor (2000): *Introduction to Sociology*, ed. Christoph Göttdede, trad. Edmund Jephcott, Stanford: Stanford University Press.

- ADORNO, Theodor (2005): *Minima Moralia*, trad. E. F. N. Jephcott, London: Verso.
- ADORNO, Theodor (2007): *The Stars Down to Earth and Other Essays on the Irrational in Culture*, ed. Stephen Crook, London: Routledge.
- ARENDT, Hannah (1994): *The Origins of Totalitarianism*, San Diego: Harcourt Brace Jovanovich.
- BECKETT, Samuel (1996): *Endgame: A Play in One Act*, New York: Grove Press.
- BENJAMIN, Walter (2019): *Illuminations: Essays and Reflections*, ed. Hannah Arendt, trad. Harry Zohn, Boston / New York: Mariner Books – Houghton Mifflin Harcourt.
- FRASER, Nancy y HONNETH, Axel (2003): *Redistribution or Recognition? A Political-Philosophical Exchange*, London / New York: Verso.
- FUKUYAMA, Francis (2006): *The End of History and the Last Man*, New York: Free Press.
- GANDESHA, Samir (2020a): “Posthuman Fascism”, *Los Angeles Review of Books*, 22 de agosto de 2020, <https://lareviewofbooks.org/article/posthuman-fascism/>.
- GANDESHA, Samir (ed.) (2020b): *Spectres of Fascism: Historical, Theoretical, and International Perspectives*, London: Pluto Press.
- GANDESHA, Samir (2024): “Identity Politics: Dialectics of Liberation or Paradox of Empowerment?”, Kingston University London.
- GIDLA, Sujatha (2020): “We Are Not Essential. We Are Sacrificial”, *The New York Times*, 5 de mayo de 2020, <https://www.nytimes.com/2020/05/05/opinion/coronavirus-nyc-subway.html>.
- GRAMSCI, Antonio (1978): *Selections from Political Writings (1921–1926)*, trad. Quintin Hoare, London: Lawrence and Wishart.
- HIKAL CARREÓN, Wael Sarwat (2020): “El Estado neoliberal como detonante de la crisis de violencia”, *Vox Juris*, 38 (2), 241–246, <https://doi.org/10.24265/voxjuris.2020.v38n2.13>.
- HORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor W. (2002): *Dialectic of Enlightenment: Philosophical Fragments*, ed. Gunzelin Schmid Noerr, Stanford: Stanford University Press.
- KURZ, Robert (2016): “Marx 2000”, *Libcom.org*, 30 de septiembre de 2016, <https://libcom.org/article/marx-2000-robert-kurz>.
- LUKÁCS, Georg (2013): *History and Class Consciousness: Studies in Marxist Dialectics*, trad. Rodney Livingstone, Cambridge, MA: MIT Press.
- MALM, Andreas (2016): *Fossil Capital: The Rise of Steam-Power and the Roots of Global Warming*, London / New York: Verso.
- MARX, Karl (1981): *Capital: A Critique of Political Economy*, vol. I, trad. Ben Fowkes, London / New York: Penguin – New Left Review.
- MARX, Karl (1990): *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, New York: International Publishers.
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich (2011): *The Communist Manifesto*, New York: Penguin.
- MBEMBE, Achille (2017): *Critique of Black Reason*, trad. Laurent Dubois, Durham: Duke University Press.

- O'KANE, Chris (2020): "The Critique of Real Abstraction: From the Critical Theory of Society to the Critique of Political Economy and Back Again", en Antonio Oliva, Ángel Oliva e Iván Novara (eds.), *Marx and Contemporary Critical Theory*, Cham: Springer, 265–287, [https://doi.org/10.1007/978-3-030-39954-2\\_15](https://doi.org/10.1007/978-3-030-39954-2_15).
- POSTONE, Moishe (1993): *Time, Labor and Social Domination: A Reinterpretation of Marx's Critical Theory*, Cambridge: Cambridge University Press.
- POSTONE, Moishe (2001): "La lógica del antisemitismo", en Moishe Postone, Jacques Wajnsztein y Bodo Schulze (eds.), *La crisis del Estado-nación: antisemitismo, racismo, xenofobia*, Barcelona: Alikornio, 19–42.
- RADEK, Karl (2021): "The White Terror. Mussolini's Campaign against the Italian Communists (13 March 1923)", *Marxists Internet Archive*, <https://www.marxists.org/archive/radek/1923/03/mussolini.htm>.
- REGALADO MUJICA, Rogelio (2022): "Elementos para una reelaboración crítica del concepto de fascismo", *Crítica Revolucionaria*, 2, e006, [https://doi.org/10.14295/2764-4979-RC\\_CR.v2-e006](https://doi.org/10.14295/2764-4979-RC_CR.v2-e006).
- ROSE, Gillian (2014): *The Melancholy Science: An Introduction to the Thought of Theodor W. Adorno*, London / New York: Verso.
- SAFATLE, Vladimir (2020): "Fascist Neoliberalism and Preventive Counter-Revolution: The Second Round of the Latin American Laboratory", en Samir Gandesha (ed.), *Spectres of Fascism: Historical, Theoretical, and International Perspectives*, London: Pluto Press.
- SAFATLE, Vladimir (2024): "Finite Crises and Infinite Wars: Global Laboratories of Social Desensitization and the Case of Gaza", *'Fascist (Neo)liberalism and the Fate of Radical Democracy Conference'*, Vancouver.
- SOHN-RETHEL, Alfred (2021): *Intellectual and Manual Labour: A Critique of Epistemology*, Leiden/Boston: Brill.
- TOSCANO, Alberto (2021): "Incipient Fascism: Black Radical Perspectives", *CLCWeb: Comparative Literature and Culture*, 23 (1), <https://doi.org/10.7771/1481-4374.4015>.
- WEILER, Nicholas (2020): "Inequality Fueled COVID-19 Transmission in San Francisco's Mission District, Says New Study", *University of California, San Francisco*, 18 de junio de 2020, <https://www.ucsf.edu/news/2020/06/417881/inequality-fueled-covid-19-transmission-san-franciscos-mission-district-says>.
- ZETKIN, Clara (2017): *Fighting Fascism: How to Struggle and How to Win*, Chicago: Haymarket Books.